

**UNA POETA DESCONOCIDA:
MARÍA MAURICIA GUTIÉRREZ IBÁÑEZ
(25/V/1925 - 9/XI/1990).**

Graciela Mántaras

De cómo, por error, un poeta conoce a un crítico y éste se encarga de su casi única publicación, por mediación de una tercera persona.

Sólo los muy memoriosos, bien dotados de archivos, podrán recordar este nombre que registró dos únicas publicaciones: dos poemas en el semanario *Marcha* (Año XVI, No. 1238, del 31/XII/1964, Segunda Sección, pág. 33) y tres poemas en el semanario *Zeta* (18/V/1990), precedidos de una breve nota de Gley Eyherabide. Ángel Rama hizo en la primera la presentación de un narrador, Héctor Massa, y de dos poetas: Carlos Puchet y María Mauricia Gutiérrez. Tenían en común su calidad de “reservistas” de su generación y el ser enteramente inéditos. Ángel y María Mauricia se conocían de varios años atrás, y se conocieron por equivocación. Ella había leído en *Marcha* una nota que le interesó mucho sobre poetas místicos españoles, que escribiera Carlos Ramela y, trabucando los nombres, se presentó en la oficina de Rama en la Biblioteca Nacional. El equívoco no obstó para que encontraran múltiples motivos de acuerdo, de intereses y preocupaciones comunes. Pero no fue ella quien dio a Rama sus poemas: fui yo, que en el invierno o la primavera del 64 le acerqué la media docena de textos que entonces tenía. La primera reacción de María Mauricia fue el enojo: “*Yo escribo para mí*”.

De lo que sé de los orígenes.

Entretanto, ¿de dónde había salido ella? Había nacido el 5 de mayo de 1925, en Maldonado; era la segunda de tres hijos de un hogar de clase media; el padre murió en la niñez de los hijos; la madre (¿maestra?) internó en un colegio de monjas, Las Teresas, a las dos hijas. Allí recibieron (padecieron) una educación sumamente rígida, convencional, hipócrita, desprovista de afecto, fuertemente clasista.

Esa formación, en el caso de María Mauricia, exacerbó ciertos rasgos de su personalidad y la dotó de otros: hipersensibilidad extrema; susceptibilidad enfermiza; inteligencia clara y rápida; permanente rebeldía; acuerdos y desacuerdos, sucesivos y simultáneos, con la organización clasista de la sociedad y con el valor y el papel del dinero;

sentimiento religioso del mundo, visión panteísta de la naturaleza, patencia de lo sagrado y atracción por las explicaciones místicas y esotéricas para los problemas científicos, y por las teorías conspirativas para los hechos históricos; sentido estético refinadísimo para la plástica, la música, la poesía, aunque también limitado en el repertorio de estilos y tendencias; europeización desmedida de sus fuentes culturales, acompañada de un irritante menosprecio por todo lo no europeo; tendencia a la introspección y al autoanálisis, en los carriles favorecidos por la práctica de la confesión católica; violentos vaivenes en la autovaloración, de lo positivo a lo negativo; moral oscilante entre el puritanismo (juzgaba crimen y pecado la homosexualidad) y el liberalismo (aceptaba el aborto); afán incoercible de independencia personal y sentimiento patológico de que cualquier lazo la pone en peligro: compañero, hijos, amigos; disgusto permanente por la rutina de un trabajo (telegrafista del Telégrafo Nacional) que desempeñó por décadas y vivió como un martirio, que no quiso cambiar, y que, en épocas de vacas gordas, le permitió viajar a París, donde vivió varios meses (a finales de la década del 40 o en los inicios de los 50).

Influyeron grandemente en ella las enseñanzas de Torres García; algunos de los pintores del Taller: Jonio Montiel, Horacio, Augusto y Olimpia Torres, de quien hablaba con admiración y cariño profundo; los Ribeiro, Gurvich, Gonzalo Fonseca.

También Alfredo y Esther de Cáceres, cuya amistad cultivó por años: recuerdo su descripción de una sala en el apartamento de los Cáceres decorada en tonos de gris y verde, con exquisito buen gusto, según su juicio, del que no cabe dudar. Allí conoció a Felisberto Hernández, de quien guardaba recuerdos disgustantes. No así de Susana Soca. Tuvo estrecha y larga amistad con Violeta López Lomba, de quien le oí repetidas veces elogiar la belleza, la fragilidad, la fortaleza y cuyo arte de bailarina la extasiaba; en cuanto a sus artes de seducción con los hombres, en alguna ocasión en que las ejerció en su apartamento de Pilar Costa y Carlos de la Vega, dirigidas a un escritor famoso y casado, la pusieron fuera de sí (era implacable en materia de adulterios cuando se consumaban en su casa). Logró perdonarla cuando la supo enferma y la acompañó en su enfermedad y muerte. Conoció a Violeta antes que a su hermano, el ceramista Marcos López Lomba⁽¹⁾; pero frecuentaba su Taller y allí me llevó varias veces. También, por supuesto, al Sótano Sur, donde por años trabajaron los Visca, Almada, Llanos. Ambos eran lugares de reunión, tertulia, encuentros vivos y enriquecedores: por las noches, los días eran

(1) Y antes aún, a Miguel, el profesor de Historia, a quien recordaba siempre con respeto.

de trabajos sin pausa. Al Dr. José Pedro Cardoso le tuvo veneración incondicional: recuerdo haber sido quien los vinculó, hacia 1962 o 63, en ocasión de un quebranto en su salud espiritual. Admirativo respeto sentía por Roberto Ibáñez, que había sido su profesor en cursos del IAVA y a cuyas clases de Facultad de Humanidades asistió varios años. Le oí decir que no eran las suyas clases ni conferencias: eran conciertos.

De las contradicciones.

Lo anterior diseña, se habrá advertido, un cuadro sumamente contradictorio. Si bien es verdad –felizmente– que ningún ser humano es unitario y monolítico, María Mauricia Gutiérrez era un haz de contradicciones, contradicciones que se duplican porque, además, no las aceptaba. Si alguien se las señalaba, encontraba –de algún modo, en algún lado– el elemento que las unificara y explicara, al menos por el momento. Es muy improbable que llegue a toparme con algún ser tan contradictorio. Porque, además, decepcionaba. Se puede ser contradictorio sin desconcertar: al menos, nunca fui capaz de encontrarlos. En muchas cosas sí, pero debo reconocer que era en las que, a la postre, se revelaban como menos importantes. No he conocido un ser capaz de tan solícita ternura y, a la par, de rencor tan acendrado. No he conocido un ser tan lúcido, tan sensible (capaz de llorar y ponerse de rodillas por causa de la belleza –¡Oh manes de Circe Maia!–) y tan colmado de prejuicios que le vedaron intelecciones, goces, compañías. No he conocido un ser más lleno de amor y devoción y gratitud para los autores de los libros, las partituras, los cuadros, las esculturas que la alimentaron espiritualmente y le proporcionaron goce estético (el único goce que terminó juzgando lícito y necesario) y, a la par, tan ciego para los verdaderos defectos y virtudes de las gentes de carne y hueso con las que compartió la vida.

De cómo conocí al poeta desconocido.

A fines de la década del 40 comenzó a asistir como oyente a las clases y conferencias del Taller Torres García. Ahí se vinculó al pintor Carlos Llanos, que fue su marido y el padre de sus hijos.

Los conocí en Melo (ciudad natal de Llanos y mía), cuando se radicaron allí luego de que Llanos ganara un concurso de Enseñanza Secundaria en la asignatura Dibujo; esto fue en el segundo lustro de los años 50. Desde esos fines de los 50 en Melo, hasta avanzados los 80, mantuve con María Mauricia una amistad muy estrecha, que lograba reanudarse pese a la diferencia de edades, a lapsos variables de nula

comunicación⁽²⁾ y a sus atrabiliarios cambios de humor dimanados de su susceptibilidad. Es en ese carácter que guardo algunos de sus papeles: diecinueve textos poéticos y cuatro fragmentos en prosa de una autobiografía lírica, numerados VI, VII, IX y XVI. Sólo once de los poemas tienen fecha. Me consta que su papelería total era mucho más extensa: varios cuadernos de tapas negras duras, varias carpetas, diarios de vida de muchos períodos, comentarios ensayísticos de diversos temas artísticos, literarios, filosóficos. En la noticia que precede la publicación de *Zeta*, María Mauricia le dice a Eyherabide que ha escrito unos ciento veinte poemas de los cuales juzga valiosa una media docena; según Eyherabide, esos ciento veinte poemas fueron ordenados por la autora antes de morir.

De qué y cómo leyó.

El repertorio de sus influencias poéticas incluía: los clásicos griegos (Homero, los trágicos, Safo, Píndaro, muy especialmente Platón); algunos latinos (Virgilio, Lucrecio, Horacio); los místicos españoles, que prefería a sus también queridos líricos de los Siglos de Oro; Shakespeare; Molière, Racine, Corneille, Mme. de Sévigné; Jacob Böhme, Swedenborg, Hölderlin, Novalis; Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé, Proust; Spinoza, Shopenhauer, Nietzsche, Spengler, Freud (con quien tenía una relación de amor-odio más equilibrada que la que sostuvo con Marx), Jung, Rilke. La enumeración basta para probar que se trataba de una cultura decimonónica. Por supuesto que leyó mucho más que eso, y que leyó a los autores del siglo XX, incluidos españoles y latinoamericanos. Pero los desechó como influencia, al menos explícitamente: creo que elementos que de ellos provienen pueden rastrearse en sus textos. Y nunca los releyó (a excepción de Vallejo, de Esther de Cáceres, de Juan Cunha, de Amanda Berenguer). Este es el elemento central que dató su poesía (y su personalidad) y, para mí, una fuente de curiosidad permanente: ¿cómo se puede nacer en 1925, estar muy bien dotado de sensibilidad, inteligencia, inquietud, y rehusarse a los centros auténticos que conforman nuestro mundo? Y ¿cómo, a pesar de eso, se puede la más de las veces acertar en el juicio crítico sobre lo coetáneo? No tengo respuestas para estas interrogantes.

(2) Mi madre la llamaba "el cometa Haley antes de Haley", puesto que su órbita y momentos de reaparición eran desconocidos.

De la característica de su poesía.

Su poesía está, efectivamente, datada. Tan datada como la de cualquier poeta. Problema central del juicio estético sigue siendo el de lo “clásico” en una de sus acepciones: la de aquellos productos capaces de suscitar nuevas respuestas, revelar nuevos sentidos, adquirir nueva vigencia. Si en las obras de primera línea el ingrediente de perecibilidad parece minoritario, en las que no lo son también puede serlo. Creo que eso sucede con la poesía de María Mauricia Gutiérrez.

Una poesía en la que resulta central el anhelo místico, la búsqueda de la re-uniión, la re-ligazón con un principio divino que, en su caso, se identifica con una totalidad de signo panteísta (así en los poemas I, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XIII, el fragmento XVII, “Luz de invierno”, XIX, “A modo de Hai-Ku”). Un anhelo que, cuando incumplido, se manifiesta como tristeza y muy escasamente como desesperación; pero, cuando cumplido, es dulzura, éxtasis, completud, celebración. Una poesía que ha sabido decir el fin del amor y de toda plenitud usando una combinación de pareados de pie quebrado –hepta y pentasílabos– cuyo ritmo monótono y melancólico se acuerda cabalmente al sentimiento, y que tiene la engañosa “facilidad” de Bécquer (el texto III, “Música final”). Una poesía que sabe también celebrar la belleza del mundo y su goce (los textos II, VIII, IX y el fragmento XV; cito según la numeración que he asignado a los textos que conservo). Una poesía en que la comparación desaparece, cediendo lugar a la metáfora y, en especial, al símbolo y que recurre a las configuraciones simbólicas, frecuentemente en parejas de opuestos: música/silencio, noche/mañana, cielo/mundo, alma/espacio. Una poesía que casi nunca utiliza la rima, pero cuida siempre con perfección del ritmo y de las variadas combinaciones métricas.

Ángel Rama encabezó así su publicación primera: “*esta presentación de tres escritores nuevos, enteramente inéditos, –un prosista (Héctor Massa) y dos poetas (María Mauricia Gutiérrez y Enrique (sic) Puchet)–, que no son promesas sino realidades artísticas, con quienes se inicia, seriamente, la literatura de 1965*”. Y luego, en recuadro, bajo el título “Dos poetas”:

“Aunque la poesía es don juvenil y hasta precoz, como en nuestras letras lo ilustran María Eugenia Vaz Ferreira y Delmira Agustini, tampoco son raros los casos (recuérdese a Clara Silva, a Milton Schinca) de aquellos seres que han practicado en silencio su arte durante muchos años, llevándolo –como Orlando aquel famoso, inacabado poema– a lo largo de la existencia, transformándolo, enriqueciéndolo con las sucesivas experiencias de vida, buscando tesoneramente el acento más

propio, la refracción más justa y ascética de sus vivencias. Para ellos usaba Thibaudet de una designación bastante burocrática: los “reservistas”, encontrando entre ellos personalidades de tanta resonancia como Paul Valéry. En efecto, ellos son la “reserva” de cada generación literaria, y aunque aparezcan de pronto contemporáneamente a nuevos, distintos, incluso contrarios fraseos artísticos, conservan y decantan la experiencia de largos movimientos literarios.

Ni María Gutiérrez, ni Carlos Puchet, son adolescentes; ni son estos, tanteos tímidos por un camino recién descubierto, aunque tampoco pueda afirmarse que estemos ante una orientación definitiva, sobre todo en el último de los casos, ya que Puchet maneja más de un registro poético. Lo que ocasionalmente los une es ese retraimiento de la publicidad inmediata que aqueja, y quizás con demasiada premura, a un medio literario como el nuestro, donde pocos resisten el deseo de vaciar rápido los cajones.

Sobre todo en María Mauricia Gutiérrez es evidente –incluso en el tono salmodiado de sus invocaciones– ese crear para sí, el acento recoleto, diríase rilkeano, de una creación que aspira a bastante a sí misma. En Puchet, que recorre el mundo ciudadano, hay una actitud de hombre que deja depositarse en la soledad del corazón, la experiencia del contorno vivo y por allí se cuele un dejo de Falco, de su meditación solitaria.

No está mal poder empezar el año con estas dos nuevas y a la vez antiguas y formadas voces poéticas.”

De los olvidos, las desmemorias y las obligaciones de un crítico.

No diseña lo anterior el cuadro de una obra de valor superlativo, pero una literatura no se hace solamente con las obras de mayor jerarquía, una literatura es un sistema de obras variadas en temas, estilos, niveles de lenguaje, propósitos, conceptos de belleza, gamas de valor –cambiantes en el tiempo–, tradiciones, rupturas, vigencias, anacronismos. Si la tarea de los críticos es revelar ese sistema, dibujar el “paisaje” que las obras conforman, es también su responsabilidad que la memoria de la comunidad se haga cargo de lo desconocido, lo olvidado o lo desmemoriado. Hace un tiempo, a propósito de un caso distinto, reflexionábamos sobre las operaciones de olvido y de desmemoria de una comunidad. Se trataba de Emilio Úcar (1910-1984), un poeta que publicó tres libros nada desdeñables, que incluyen poemas de gran valor (*Girasol*, edición del autor en Talleres Gráficos Prometeo, Montevideo, 1944; *Se asesina la flor*, Gran Premio Couture en el Primer Concurso

Universitario de Literatura en 1945, publicada por Americalee, Bs. As., 1946, con ilustraciones de Demetrio Urruchua; *Hoy, cada día*, Ediciones Deslinde, Montevideo, 1960), que fue incluido en la exigente antología de Alejandro Paternain, y a quien nadie recuerda. A ellos hay que agregar una curiosa novela, *El gran parto*, subtitulada “Tres niños de lana se escarban la nariz”, escrita en triple coautoría junto a Cristóbal D. Otero y Ernesto Maia (h), que es el padre de Circe Maia; apareció en Americalee de Buenos Aires en 1948. Úcar publicó poesía desde 1928 en periódicos y revistas; integró el cuerpo de redacciones de *Resalto* entre 1949 y 1951 y el de *Deslinde* desde 1956 hasta su cese en 1961, allí se ocupa de reseñas sobre poesía nacional ⁽³⁾. (Podría agregarse el caso de Carlos Rodríguez Pintos (1895-1985), poeta muy leído y celebrado en los años 20 y 30, cuya resonancia llegó a ser mucho mayor que la de Úcar, autor del más estupendo poema de amor de nuestra literatura, “Canto de Amor”, a quien ya nadie lee y casi nadie conoce). Al respecto, distinguíamos entre olvido y desmemoria. El olvido es una operación necesaria en la vida cultural: ocurre cuando una comunidad juzga clausurados los valores y significaciones de una obra, y puede muy bien suceder que en diverso momento histórico la revisión encuentre otras pertinencias y ponga nuevamente en circulación lo olvidado. La desmemoria, en cambio, ocurre sin juicio previo; es el resultado del descuido y por tanto es reveladora de algún tipo de disfunción en la vida cultural.

Por supuesto, el caso de María Mauricia Gutiérrez no es el mismo: se trata de una poeta casi totalmente desconocida por propia decisión, puesto que publicó cinco textos en dos únicas ocasiones y solamente en la última por decisión propia. Pero labor del crítico es también decir: estuvo aquí. Y agregar: su poesía merece ser leída. Esos ciento veinte poemas que ordenó (aunque se cumpliera su aserto de que sólo media docena eran logrados: lo que ocurre con casi todos los poetas, porque es verdad lo que Guido Castillo afirmaba: “*Los poetas de verdad son muy pocos, y los que lo son, lo son de verdad muy pocas veces*”) debieron publicarse y conocerse. Ellos mejorarían la calidad de nuestra vida espiritual.

Montevideo, XI/1990 - Lomas de Solymar, IX/1997.

(3) Úcar no aparece mencionado en el *Diccionario de Literatura Uruguaya* realizado por Arca y coeditado con Credisol. Sólo en el Tomo III, en la noticia de Carina Blixen sobre *Deslinde* se habla de su tarea en la revista. La publicación *Resalto* tampoco aparece. *El gran parto*, aunque fuera por la rareza de la triple autoría, debería figurar.

TEXTOS DE MARÍA MAURICIA GUTIÉRREZ**(I, A)**

Proximidad remota, pura
ausencia
de todo en mí, de mí en el todo.
Con silenciosas músicas acuerda
mi voz
mi soledad más pura, devastada.

Y entonces una sola
rama final de cielo precipita
el espacio total, atronadora
campana que restalla en el azul más alto
tañendo a viva voz, con dolor último
mi voz siempre en silencio
siempre perdida en música inaudible
siempre tañendo
a dolor!

Amor, amor: Silencio
sólo silencio, amor,
como tus ramas últimas, cantantes,
en el remoto cielo.

(I, B)*(Otra versión del final):*

siempre tañendo
a dolor.
Amor, amor! Silencio.
Siempre silencio, amor,
como tus ramas últimas, cantantes,
en el remoto cielo.

(II)
CARTA

(a Graciela, de Melo)

Te traigo noticias
del mar.
Amanecio desnudo, y la mañana
huía
de sus ojos de miel, de sus distancias
puras,
de su cara lavada por la aurora.
Te traigo noticias
del mar.
Todo extendido al aire y la mañana
huía...

(III)
MÚSICA FINAL

(Preludio)

(Nº 24 Clave temperado)

Todo lo que he amado
dejé de amar

Sombra y dulzura fueron
ya no son más

Dolor y amor acordes
están detrás

Ahora los grandes vientos
me borrarán

Los abismos atentos
me tragarán

Porque ya no amo nada
ya no soy más.

La noche grande y pura
podrá sonar

Le traigo mi silencio
mi soledad

Los más altos violines
están detrás

y callaron los pianos
que amé tocar

los acordes profundos
de su mirar

los hondos violoncelos
de mi anhelar.

Suena sólo la noche
negrura y paz

(IV)

Estás aquí y te amo, esplendor de las cosas,
dulzura de mi ser.

Pero la negra
noche divina habló a través de mi boca.

La siento en mi costado,
la mojo en mis lágrimas
Oh ciega, ciega noche
en cuya hondura escarbo:
para Verte.

(V)

ÁRBOL DE INVIERNO

Árbol desnudo, eterna
memoria de tus hojas
en silenciosos cánticos dormidas.
Desnudez y temblor,
espacio oscuro donde
la música resuena

vuelta silencio, despojo, soledad,
vuelta blancura, rastro
desvalido,
incesante rastrear en el silencio.

(VI)

Ven antes de la noche
antes de la muerte y el sueño
ven antes de mi alma!

Desdibújame el mundo
—el alto espeso mundo de los hombres—
el hambre de las cosas y las almas.

Ven en la soledad y en la tiniebla
en la ausencia de mi y de las palabras.

Levanta desde ti mi corazón
muerto de amor hacia las cosas claras,
deshaz en mi la noche, los crepúsculos,
bórrame el hambre azul de la mañana!

Mírame desde ti
silencioso vaivén de la alabanza,
torre de los silencios, flor suprema,
jardín de los silencios infalibles:

Calladamente azul te doy mi alma!

(VII)

ESPACIO

No lastimante no llagado: abierto
no desierto no espeso no vedado
no separado dios de ti no triste
abierto y libre:
abierto abierto

a peces nubes hierbas caracoles
a hormigas olas árboles y a claros
vientos
y a los reflejos titubeantes del sol sobre las claras
cosas tuyas oh dios y mías
sobre mi claro espejo ennubecido
de ti, mi espejo en lágrimas, mi río
de ti que me atraviesas
triste.

(VIII)
DEL DÍA

Oh tu rostro dorado de agua y miel
que oprimes sobre el mío
Tu rostro azul de niebla entretejido
en el que hundo mi rostro.
Oh tú que te deshaces, que sobre el pie te empinas
por beberme mejor el alma clara.
Oh claro, claro día:
Dice mi cuerpo este vivir de oro!

(IX)
VERANO

Retumbas en la luz. Y entre los altos árboles
me nombras
aturdidamente
oh tú esplendor perdido
fulgente ahora.
En presagios fulmíneos me devoras
como la sed. En altas ramas últimas
candentes, toda de luz me llamas,
toda en llamas me quieres.
Y el violento
perfume clama
por mí

¡Nómbrale, dí, devora
las palabras, derriba tus murallas,
deshaz este alto muro,
borra por fin los diálogos
de fuego!

Arda la soledad del universo
borrada ya mi voz-
atronadora Voz que me celebra!

(8/XII/64. Jacarandáes en flor y árboles viejos en Plaza de San Martín, Buenos Aires).

AUTOBIOGRAFÍA LÍRICA

(Cuatro partes: VI, VII, IX y XVI) ⁽¹⁾

VI

Estoy parada en medio, muda a perpetuidad. Parada en medio de un millar de columnas, de un millón de escalones, de un pozo oscuro, sótano, subsuelo. Un colegio de internas con monjas españolas, con hijas de tenderos, con horarios, recreos, interminables filas de camas con cortinas, capillas interiores, corredores, pasillos, galerías con barandas, macetas con palmeras, peceras silenciosas, comedores sin fin recorridos en fila y en silencio, campanas para horarios, roperías en hilera, un infinito, hostil, desconocido. “Demasiado pequeña”. ¿Quién me ha dejado allí? Mi madre.

VII

Ah, poder alcanzarte, Mago de Oro. Siempre lejano, siempre prohibido. Chirridos de oro que recorren las ganas incesantes. Durante todo el día vuelan las escalas en mayor y menor. Y los acordes cierran cada uno en tónica, supertónica y dominante. En el “estudio” de la noche, alumnas avanzadas pedalean afanosa el revolucionario de Chopin. Qué

(1) La numeración romana de los cuatro fragmentos pertenece a la poeta, en cambio el título, “Autobiografía lírica”, es una atribución mía, aunque recoge la caracterización que la propia autora hizo de esos materiales cuando me los entregó; me consta, también, que había escrito una serie bastante más extensa de los mismos. G.M.L.

noche no avanzará bajo sus fuegos. Copio sesenta veces mi deber de catecismo bajo el bramido en pleno que nunca cesa: el trueno interminable con que la mano izquierda desploma sobre mí sus cabalgatas. Centellas que caen sobre mi sueño, sacuden las cortinas de mi cama, blandiendo sus puñales de oro. Llanuras cuyos pájaros arrastran el espacio tan lejos. Y cerniéndose en alto, como nubes pesadas de lluvia tremolante, los espaciosos toques del adagio del Opus 27.

IX

Vuelven aquí las lágrimas. Este toro infernal que galopaba sin buscar las respuestas, no se sacia jamás. Vuelve con chaparrones, con aguaceros, con resonantes golpes que sacuden las tierras y los hombres. Vuelve con los sollozos sin compuertas, atraviesa sin fin los estertores, las nubes que redoblan los gemidos. Bisonte rojo cuya sombra ciega, porque los bretes abren esa furia que alguna vez brilló bajo los cielos –campos de Santander o Asturias, qué importaba saberlo–. El gemido, “el gemido con que venías a mí, bestia adorable”. Hacia los ojos mansos y las rodillas prietas. Pero dejando al sol en pura sombra. Restallando con júbilo la tierra.

XVI

Desemboca el arroyo Maldonado en el mar. Desde la altura del mirador de Seijo los gritos de los primos, los hermanos y yo reclaman la primera mirada hacia las olas que avanzan desde el horizonte. La caravana de autos y camiones, mudanza de tres meses hasta el mar, remata hacia la costa los últimos barquinazos de tres leguas. Se inicia el rumor de la resaca que poblará sin términos las noches con guitarras –serenatas de súbito– las mañanas de todo el horizonte, la escapada matinal y descalza desde la cama al mar, al muro líquido y transparente de la ola que avanza surcada de peces, chorro de alegría, caballo desbocado, leucotea sin fin cuya carrera desbandará por siempre los muros y las calles, heredará los vientos y llegará sin tregua a las arenas finas, el remate dorado que se tiende con las algas brillantes, las almejas rosadas, mejillones azules y el caracol –farola al fin, triunfo que mi mano enarbola–.